4478.

PENSAMIENTOS MÉDICOS

Y

PROFESION DE FE MÉDICA

DEL LICENCIADO

D. Manuel Otero Vazquez.

LEON—1855.

Establecimiento tipográfico de la Viuda é Hijos de Miñon.

78

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(c) 2007 Ministerio de Cultura

7978

4

PENSAMIENTOS MEDICOS

Y

PROFESION DE FE MEDICA

DEL LICENCIADO

DON MANUEL OTERO VAZQUEZ,

COLEGIAL INTERNO QUE FUE

DEL

COLEGIO NACIONAL DE MEDICINA Y CIRUJÍA DE SAN CÁRLOS

DE MADRID.

Obra escrita al alcance de toda clase de personas.

LEON—1855.
Establecimiento tipográfico de la Viuda é Hijos de Miñon.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Médico es el que cura, no el que charla.

JACKSON.

La Medicina toda es práctica.

PEDRO PABLO PEREDA.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

PENSAMIENTOS MEDICOS

Y

PROFESION DE FE MÉDICA.

Creo que la medicina nació desde luego con el hombre, porque es necesaria al hombre. Necesaria es la medicina dicen las sagradas letras, y Dios mismo la recomienda, porque Dios es el autor y criador de la medicina y del remedio ó medicamento. De consiguiente, ridículo ha sido por lo menos, creer que se podia atribuir señaladamente á uno ú otro hombre su invencion; aparte de la poética disputa por tan apetecible derecho, en el concepto mitológico, entre la diosa Civeles, el dios Apis, el dios Apolo, el dios Mercurio, el dios Esculapio, Peon y Chirón Centáuro.

Novilísimo es el egercicio de la medicina, pues muchos de los hombres mas distinguidos del mundo la supieron y practicaron. Muchos de los mas célebres filósofos han sido médicos. Tambien lo han sido muchos de los hombres que mas han sobresalido en las ciencias matemáticas, en la Astronomía, en la Física y otros varios ramos del saber humano. Tambien ha habido muchos médicos entre los hombres célebres en las ciencias sagradas, en las políticas ó de gobierno, y bastantes que han ocupado un lugar distinguido entre los jurisconsultos.

Pero aparte de esto, tambien se cuentan por lo menos treinta y siete santos, (y uno de ellos san Lucas Evangelista) que supieron exprofeso la medicina. La silla apostólica ha recibido con aplauso á siete médicos por estudio, á saber: á Nicolás quinto, san Eusebio, Juan 21, Juan 22, Silvestre segundo, Paulo segundo y Pio cuarto. Los demas asientos prelaticios de la Iglesia, tanto purpurados, como

(c) 2007 Ministerio de Cultura

episcopales fueron innumerablemente ocupados por hombres eminentes en la ciencia médica. Y ni los cetros y coronas dejaron de situarse muchas veces sobre cabezas bien instruidas en la medicina. Los reyes Salomon, Jubá, Sapor, Mitrídates, Lysímaco, Gencio, Teléfo, y Masimísa entre los antiguos, y el catálogo real médico mas moderno, que presenta Tyraquello; son una eficaz prueba de la nobleza de ella. Y en efecto, pues ademas de ser la medicina en su concepto genérico alta y sublime filosofía, y comprender en su esencia á todas las demas ciencias humanas ó facultades que se tienen por ciencias; á todas ellas, juntamente que á las artes, su egercicio las escede en provechoso y necesario al género humano.

En especial todos estos hombres distinguidos que acabo de mencionar, dieron á la medicina con su egercicio grande autoridad; pero despues, andando el tiempo, por la multitud de dictámenes que entre sus profesores se originaron, y las diversas opiniones; por los estravagantes y ridículos sistemas de algunos, y la mútua intolerancia de casi todos; cayó desde el sólio para quedar acaso para siempre miserable y despreciada.

Los verdaderos médicos de la antigua medicina, cuidaban poco de sofismas, dándose todos á lo activo y á la observacion. Hipócrates solo trató de la medicina activa, de la teórica nada, y á ésta la despreciaron tambien, principalmente Aécio, Cornelio Celso, Lázaro Riverio y hasta el mismo Galeno.

Decía Hófinan que en la verdadera medicina nada debe conocerse que no sea práctico; y Baglivio, Tozzi y otros muchos, que el arte de curar, con el uso y práctica se logra; que la especulativa sirve de poco para la medicina, que ninguna teoría se tenga por segura, si primero no la canonizó la práctica, y que se equivocan los que piensan ser médicos, porque sean grandes teóricos y especulativos.

Hipócrates decía que el médico filósofo era igual á los dioses; pero no el filósofo escolástico, como despues falsamente se ha interpretado, pues la filosofía que él buscaba en el médico, era solo la observacion práctica en la naturaleza. Bien que, con respecto al modo de interpretar y entender á Hipócrates, lo mismo ha sido en todo

(c) 2007 Ministerio de Cultura

lo demas, como ya lo dijo muy apropiadamente el inmortal Petrárca en el siguiente cantar:

Veo que Hipócrates fundó
mejor obra y mas de ver,
si como los entendió
los aforismos que dió,
los supiesen entender.

Ningun dogma ni precepto que no deba su orígen á la práctica esperimental repetida, puede servir de algo en la medicina, pues en su práctica solo es útil lo seguro y cierto, solo es bueno lo verdadero.

Para egercer la medicina se ha de tener presente de contínuo el dicho del gran Canciller de Inglaterra Bacón de Verulámio, á saber, que, la naturaleza no se ha de fingir, ni conceptuar, y que solo se debe ver en ella que hace, ó que tolera; que es lo mismo que ceñirse á la observacion y á la esperiencia. Y esto conviene con lo que tambien dijeron Dóleo y Silvio de Lebóe, y principalmente nuestro compatriota el célebre catedrático de medicina, Pedro Pablo Pereda, que desengañado esclamó diciendo: La medicina toda es práctica y tiende al fin, y solo los remedios curan.

Asi pues; en la medicina se debe enteramente sustituir la práctica y la observacion á los dogmas y teorías, porque la medicina escolástica, teórica, dogmática está llena de cuestiones inútiles, y en la medicina son infructuosas las investigaciones escolásticas. En la medicina debe olvidarse el porqué, y tener siempre presente el cómo y el cuando.

Y por eso puede decirse que hay dos clases de medicina, una verdadera y otra falsa; ésta, es la que versa en alucinar entendimientos, en forjar vanos discursos, en palpar sombras, en abrazar tinieblas, en investigar imposibles, en inquirir cualidades; y la verdadera, es la que, como enseña Hipócrates, agitando lentamente á la naturaleza, hace que la misma sea para sus obras el índice; la

(c) 2007 Ministerio de Cultura

que, como dice Sydenham, no impidiendo el curso á la naturaleza, la alienta suavemente á la victoria; la que no desconcertando el reloj del cuerpo humano, le da cuerda para que camine sin estorbar con intrepideces que ande; la que prescribe no amontonar remedios, la que dicta la oportunidad en aplicar las medicinas provechosas, que induce un desembarazo imparcial, logrado con el desvelo contínuo y la observacion; la que tiene por madre á la esperiencia y reconoce por padre á un juicio sin estravagancia, y la que, como dice Galeno, no niega con osada temeridad, que es propio de cualquier hombre la curacion.

Por haberse apoderado de la medicina el espíritu contencioso, especulativo y dogmático, se ha ido paralizando su perfeccionamiento, y asi es que, desde Hipócrates acá, no ha adelantado como otras profesiones en proporcion del tiempo trascurrido.

Son infinitos los médicos que obran preocupados por los sistemas que profesan, por sus teorías y doctrinas, y juzgan que la naturaleza, por fuerza ha de ejercer sus actos segun las leyes y axiomas de dichos sistemas.

Casi todas las partes de que se compone la medicina escolástica, teórica, dogmática, especulativa son infructuosas para la práctica, y alguna de ellas hasta perjudicial; de consiguiente, ¿por qué se enseña? Las escuelas de medicina verdaderamente deben ser para el estudio práctico de las enfermedades, porque no hay mas cátedra legítima de medicina que la del lecho del enfermo, en la que dicta la naturaleza, que es la verdadera maestra en medicina.

Decia el hipócrates romano, el famoso Baglivio, en su práctica médica que, la medicina que se ha enseñado en las escuelas es intrusa, tiránica, porque el tiempo que se ha gastado en cuestiones inútiles y ociosas, lo ha usurpado tiránicamente del que debia emplearse en el estudio de la verdadera medicina.

De este mismo modo de pensar han sido siempre todos los mejores médicos; pero contrayéndonos á estos tiempos, á la época de ahora, haremos á propósito mencion de la siguiente anécdota por ser muy reciente, por ser de un tiempo que apenas acaba de pasar. Y

(c) 2007 Ministerio de Cultura

es, pues, el caso, que estando un dia el doctor Gutierrez, catedrático y director del Colegio de Medicina y Cirujía de San Cárlos de Madrid, en la cátedra de clínica médica, preguntó á sus discípulos la definicion de ¿qué es fiebre? Cada cual contestaba con arreglo á lo que habia estudiado, á lo que habia discurrido ó con arreglo á su creencia, pero, nada, nada..... Cansados ya todos de no saber lo que era fiebre, se le preguntó en que libros se podría estudiar, y contestó guiñando el ojo.—En el enfermo número 8.—El enfermo número 8 de la clínica era un tifoidéo.

A fé que el Sr. Gutierrez tenia razon en remitir alli á sus discípulos, (1) porque en la cátedra del lecho del enfermo, como queda dicho, es donde se puede y debe estudiar para saber medicina; y por cierto que asi habrá de ser en adelante, ya por fin para esto en breve tendrán que ser las escuelas de medicina, porque segun hoy se vé ya la medicina teórica, escolástica especulativa, muy pronto concluirán con ella los mismos escolásticos sin conocerlo, por la anarquía, el desconcierto y confusion que en ella han introducido. Como cada dia la van sobrecargando mas de elementos inútiles, como cada dia van hacinando en ella mas materiales heterogéneos, resulta que hoy la medicina es ya una verdadera torre de Babel: y cada nuevo paso progresivo de las ciencias auxiliares aumenta ésta mole acelerando su ruina, como dice bien el sábio profesor el Sr. Mendez Alvaro en el periódico el Siglo médico, número 61; y al mismo tiempo porque todo se hace sin direccion, sin órden ni concierto, pues no solo no hay un método admitido de comun acuerdo, y seguido generalmente, sino que no hay siquiera escuelas (como dice tambien en el mismo periódico el profesor citado), cuyos profesores se hallen todos animados de igual vida científica, que arreglen su enseñanza á principios admitidos en comun, formando un cuerpo de doctrina; cada catedrático y aun cada médico, por falta de un método filosófico

(1) El catedrático Gutierrez nunca fue amigo de teorizar, y bien puede decirse que ha sido el Peréda de estos tiempos, el Peréda de quien ya hemos hecho mencion.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

que establezca unidad, obra á su manera, tiene procedimientos distintos, sigue diverso sistema, profesa diferentes opiniones, adopta la clasificacion que gusta, emplea las denominaciones que le placen etc.»

Y aparte de esto, tambien es digno de notarse lo que está pasando en las principales escuelas de medicina, en esas escuelas de Alemania y especialmente la de París, que desde hace tiempo estan dando la ley á casi todas las demas del mundo. Despues de tanta bulla con su organicismo, ya empiezan á cantar la palinodia, ya se nota en ellas una reaccion hácia el vitalismo.

Otra cosa tambien muy notable acaba de pasar en la famosa Academia de medicina de París. Despues de haberse hecho á la Anatomía patológica el capítulo mas interesante de la nosografía, la base y fundamento de todo desde hace ya bastante tiempo; ahora en dicha Academia acaban de resonar las siguientes notables palabras: «La buena medicina no parte de la anatomía patológica: llega á ella.»

Esto, pues, es otro cántico de palinodia, y que irremisiblemente encierra toda una revolucion en la medicina; y nunca saldremos de revoluciones. ¡Cómo se juega con la medicina al peléle!; asi es que, de tan mareada como está ya, no dá por su vida un cuarto.

Y á propósito de Anatomía, ya que se ha hecho mencion de esta palabra, y antes de indicar la parte de la medicina escolástica, teórica, especulativa que es hasta perjudicial para la práctica; haremos mencion de un testo de Hipócrates que dice que la Anatomía es mas conducente para los pintores, que para los médicos.»

Improperio contra la anatomía llaman á esto muchos médicos; pero lo cierto es que, no sabiendo él apenas anatomía, como era consiguiente en su tiempo, ha sido el mejor médico del mundo.

Casi en el mismo caso se halla Galeno, pues él mismo confiesa que en toda su vida no disecó mas que dos cadáveres, y para eso el uno casi estaba comido de las aves. Todo el estudio de la anatomía lo hizo en animales.

Del mismo modo se esplican acerca de la anatomía el gran Cor-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

nelio Célso, Tozzi, Kerskringio, Lemort, Riolano, Uvépsfero, Hamilton y otros, y hasta el célebre Teófflo Bonet, fundador de la Anatomía patológica, en su obra titulada *Sepulcreto*, muestra alguna desconfianza hácia la necesidad de la anatomía.

Lemort, Harvéo y el hipócrates inglés, el célebre Sydenham, estaban persuadidos de que los grandes anatómicos, eran infelices prácticos.

La parte de la medicina escolástica, teórica, especulativa cuyo estudio no solamente es infructuoso, sino que es hasta perjudicial para la práctica, es la Patológia, porque la Patológia es falsa, y se prueba del modo siguiente. De la Patológia se constituye todo sistema médico; todo sistema médico es falso; luego la Patológia es falsa. Y sigue la prueba: La Patológia trata de las enfermedades y de sus causas segun el norte de alguno de los sistemas inventados, y de esto indispensablemente tienen que sacarse las indicaciones para los remedios que se han de emplear; es asi que, todos los sistemas son falsos; luego todas las patológias son falsas. Todos los sistemas son falsos, porque todos se escluyen entre sí, todos se destruyen mútuamente, y ademas que, siendo todos contrarios entre sí, no todos pueden ser verdaderos. Lo menos veinte sistemas diferentes se cuentan hasta el presente en medicina; si alguno de ellos fuera verdadero, todos los que curasen por él, acertarían, y los que se rijiesen por los demas sistemas, errarian; es asi que, la esperiencia no lo acredita, pues por todos los sistemas se alegan curaciones, y de todos se alegan yerros y mil imposibilidades de curar, en fin, que todos se impugnan, se escluyen y del todo se destruyen mútuamente; luego todos los sistemas son falsos, y de consiguiente todas las patológias, pues son las dos cosas una misma; luego el estudio de la Patológia no es necesario, antes mas bien es perjudicial.

Cada sistema ha reinado por mas ó menos tiempo, y alguno de ellos por mas de mil años. Todos se han ido sucediendo los unos á los otros, con cada uno decian sus partidarios que curaban, y cada cual ha disputado á los demas la primacía, ¿cuál de ellos, pues, es preferible?, yo creo que ninguno, á no ser que ahora se diga, que

(c) 2007 Ministerio de Cultura

lo presente es lo mejor, que lo último es lo mas completo, razonable y cierto; pero, ¿cómo podrá valer esto, reinando en la actualidad tal confusion en la medicina, tal anarquía, por el conjunto de sistemas que simultáneamente se proclaman, lo mas opuestos entre sí que jamas ha habido; aparte del sinnúmero de teorías, opiniones é hipótesis que muchas de ellas son hasta estravagantes? En época ninguna como la presente han reinado á un tiempo tantos sistemas médicos, que por lo mismo se hacen sin cesar guerra á muerte; resultando de esto, que la medicina se halle en el estado mas deplorable que nunca. Y no puede menos de ser asi, porque jamas se ha charlado y escrito tanto de medicina como desde algun tiempo á esta parte. ¡Qué inundacion de escritos, Dios eterno, invade hoy su campo!. En la época presente, el que mas y el que menos se cree autorizado para escribir cuanto se le antoja; cada cual se cree con derecho y capacidad para fundar sistemas, crear hipótesis, emitir opiniones; para dar sentencias, juzgar é impugnar á los demas, sea por vanidad y presuncion, ó por amor propio y pedantería los unos, por via de especulacion los otros, y aun algunos por odiosas personalidades. ¿Y con respecto á descubrir é inventar remedios y tratamientos curativos? ¡oh!, ya esto forma por sí solo un verdadero aluvion, pues á millares se anuncian sin cesar con calificaciones y epitetos los mas pomposos y exajerados, y ¿para qué?, para caer al poco tiempo en descrédito y servir de mofa y escarnio. «Lástima causa (como ha dicho ya un periódico científico, y muy bien dicho), el afán que hay en el dia por inventar medios de curacion presentándolos al instante como cosa averiguada, y sin tener en cuenta lo poco que gana la ciencia con novedades comunmente estériles, y que no hacen sino recargarla con un vano follaje, á través del cual, cuesta trabajo distinguir uno que otro fruto verdaderamente útil.»

Todo esto, pues, constituye una terrible calamidad. ¿Y no habrá modo de remediarla? Ya felizmente para ello empiezan á clamar algunos profesores despreocupados y amantes de la verdad y del acierto, y ¡ojalá que otros muchos sigan su ejemplo!. Sí, ya el digno profesor Don Manuel Santos Guerra ha levantado su voz para decir

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(segun se vé en el periódico el Siglo médico en su número 29, con referencia á la crónica de los hospitales), que la prensa algunas veces no edifica, destruye, no reconcilia, desune, no enseña, confunde, no ofrece luz, produce tinieblas: cuando la prensa se ocupa en difundir conocimientos útiles, en investigar la verdad por medio del razonamiento concienzudo y de la templada y prudente discusion, en divulgar los positivos adelantos que de vez en cuando los hombres de un supremo privilegio intelectual suelen conseguir; nos apresuraríamos á confesar con gusto y declarar con el mayor placer, que es el descubrimiento feliz, grande por su importancia, sublime por su bondad, y manifestando lealmente lo digno que es su ilustre inventor de los humanos respetos é ilimitada veneracion. Pero cuando la prensa se desborda, ocupándose muchas veces por via de especulacion, de luchas intestinas y de odiosas personalidades, de una guerra fratricida entre individuos de una misma familia ó profesion, de que se ocupa frecuentemente muchos años ha; es un instrumento pernicioso que todo lo corrompe y altera, y en medio de su bondad, puede decirse que, entonces aparece detestable y odiosa para todo hombre profundamente pensador.»

Todo esto debia escribirse con letras de oro, como igualmente lo que se ve estampado en el mismo periódico, número 12, con motivo de la grande empresa que acaba de acometer, de proclamar la medicina hipocrática el sábio médico sevillano el Sr. Hoyos Limon, que volviendo sus ojos al hipocratismo, ha enarvolado su vandera.

Allí, clara y terminantemente, entre otras cosas se dice que, la medicina va dejenerando en nuestros dias en un empirismo grosero y amenudo hasta ridículo, que la mezcla estravagante de escepticismo por un lado, y de ciega fe por otro, conducen á lamentables desatinos. Que hoy el campo médico es una confusion, que la medicina marcha errada en los cien derroteros diversos, á que la impelen el materialismo mas repugnante, el espiritualismo mas exagerado y quimérico, el ascendiente de la Química, y varias opiniones absurdas. Que las causas que han dado orígen al estado actual de la medicina, son la negacion de todo principio, el escepticismo, la in-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

diferencia en unos, y la formacion de sistemas incoherentes, absurdos y por lo tanto nocivos á la salud del género humano, en otros. Que la causa primordial de esta anarquía es indudablemente la viciosa direccion que durante algun tiempo ha recibido el estudio de la ciencia del hombre; al paso que se ha consagrado una atencion especial al análisis de la estructura de los órganos, y al mecanismo de sus actos, como instrumentos, se ha olvidado muy frecuentemente la espontaneidad y finalidad de la causa de la vida, y por lo tanto, su unidad. Que la necesidad de conocer al hombre bajo su punto de vista material, ha hecho exagerar la importancia de este órden de investigacion y abandonar el exámen de su dinamismo vital. Que lo que puede descubrirnos lo que es el hombre, ya como agregado orgánico, ya como constando de un principio vital, causa primordial de los fenómenos que le caracterizan, son la observacion y la esperiencia guiadas por el método inductivo, en el que el gran Hipócrates nos precedió el primero. Que el hipocratismo ilustrado es el camino mas seguro para salir del laverinto confuso en que nos hallamos; que en todas las situaciones análogas el hipocratismo ha venido á ser el hilo de Ariádna que ha sacado á la medicina purificada y limpia de las mil manchas que la imprimieran el charlatanismo, la impostura y la estraviada imaginacion del hombre.»

¡Feliz pensamiento es el del Sr. Hoyos Limon, y el fin muy laudable!; pero trabajo le mando en su empresa, y si logra llevarla á cabo, es mas que si pusiera una pica en Flandes, como suele decirse.

Hace ya mas de un siglo decia el doctor Martin Martinez que, la medicina de Hipócrates estaba tan desfigurada de su candor, tan añadida de vanas cuestiones, tan remendada de siniestros comentos, y en todo tan adulterada, que no la conoceria el mismo padre que la engendró.»

De consiguiente, si en la actualidad puede caber aun mas que esto en el asunto; creo que la empresa del Sr. Hoyos Limon es poco menos que imposible.

De los sistemas reinantes en la actualidad, creo que aunque no

(c) 2007 Ministerio de Cultura

sea mas que ligeramente, se deba hacer particular mencion del homeopático por su originalidad.

Al ver Hahnemán tanto embrollo en la medicina, tanto barullo y confusion; echó al mundo su sistema, como quien dice: á rio revuelto, ganancia de pescadores. Los alópatas, sorprendidos, admirados y llenos de espanto al ver presentarse entre ellos un campeon tan inesperado, tan original y tan escéntrico, todos á un tiempo y de repente gritan: ¡Eso no vale, eso no sirve! ¡Fuera, pues, fuera Hahnemán; largo de aqui con su homeopatía! Pero Hahnemán, impávido entre el tumulto les contesta: Eso lo veremos. Y ante todo, señores alópatas, debo deciros que, mejor os fuera callar, porque vosotros habeis puesto á la medicina como una madeja enredada, y cuantas mas vueltas dais al argadijo, mas la enredais; ó por mejor decir, ya la teneis hecha toda un completo nudo gordiano que solo yo puedo desatar. Sí, sí, tened entendido que yo soy el Alejandro para este nudo, y al efecto aqui traigo el chafaróte.

Irritados los alópatas al oir esto, vuelven á gritar mas desaforadamente: ¡Eso no vale, porque no es desatar! Pero Hahneman entonces, para continuar haciendo el papel de Alejandro, con mucha sorna les replica: Lo mismo dá cortar, que desatar.

Los resultados de este suceso en el arte médico se estan viendo con escándalo del mundo, y lo peor es que, éste, lleno de asombro y confusion, ya no sabe á qué atenerse, á quien creer, ni de quien fiarse.

Comprende por supuesto á la homeopatía la misma ley que á todos los demas sistemas, sin embargo de que los alópatas dicen que ni aun sistema es, porque es la negacion de la medicina elevada al misterio, y de consiguiente que no es nada. Pero, prescindiendo del valor real y positivo que la homeopatía alega en su favor, le hay indirectamente al menos en esa misma negacion de que la constituyen sus contrarios, porque sirve de contrapeso á la oficiosidad tan comun y frecuente de la mayor parte de los otros sistemas; es decir, que si no hacen nada los homeópatas, tampoco estorban, tampoco perjudican, pues interviniendo ellos, es lo mismo que dejar á la na-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

turaleza recobrar sus derechos, obrar por sí sola, y ya se sabe cuán grande es el poder de ésta; de consiguiente, yo creo que, los alópatas no deben apurar tanto, tanto la cosa, que no deben llevar á tal estremo su pretension y con tanto encarnizamiento su odio y guerra á la homeopatía, con el fin de hacer que desaparezca hasta su nombre; hasta que llegue el caso, si Dios quiere, que se modere al menos la oficiosidad de sus sistemas, que se pongan todos de acuerdo, que se acabe el desconcierto y confusion que en su campo reina, pues en razon directa de esto, es consiguiente que prevalezca mas y mas la homeopatía. Convénzanse, pues, los alópatas que ellos tienen la culpa.

Prescindiendo de lo infinitésimo de las dósis en la homeopatía, y mientras que los alópatas y homeópatas siguen con sus ridículas disputas, mientras que unos y otros sin cesar se arguyen en su necia jerigonza cada vez mas ininteligible aun para ellos mismos, y en la que solo se ve claro el odio feroz y encarnizado entre uno y otro bando; lo que yo creo que se puede decir es que, la homeopatía no es cosa nueva como generalmente se cree, porque si se recorre el campo de la medicina con atencion, se ve que ya desde muy antiguo se conoció y se practicó, pues existen bastantes hechos que lo demuestran claramente, y hay muchos testos de autores muy recomendables en medicina que lo acreditan; y para prueba, se ve, por ejemplo, que hipócrates en ciertos casos añadia frio á las partes que por estar frias, las capitulaba por enfermas. Que Avicéna dijo terminantemente que el vómito se cura con el vómito. Se ve tambien que el azafran que, como todo el mundo sabe induce sueño, Juan Fernelio lo tuvo por el mejor remedio para el sopór. Que el aguardiente, siendo soporífero, Rondelécio, Hólfan, Conrádo, Kemkeát, Crevino y otros, le tuvieron por el mejor antihypnótico en los que padecian sopór por otro narcótico. Que el opio, segun Uvedélio, es remedio para la soñolencia ó narcotismo producido por otros agentes, y lo mas admirable es que, el mismo opio se ha usado con buen éxito para remediar el narcotismo producido por él.

Pero aparte de esto, desde los primeros tiempos del arte, y prin-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

cipalmente en la época de los antiguos químicos; sin duda se estendia á mas la homeopatía, ó habia mas especies que una, pues que se obraba tambien homeopáticamente con respecto á la causa de las enfermedades. En unas, por ejemplo, cuya causa la conceptuaban acéda, que la atribuian los químicos á un ácido, prescribian los ácidos, sin duda por el axioma suyo de, Symbola symbolis curantur, como ahora dicen los nuevos homeópatas, Similia similibus curantur. En otras en que su constitutivo esencial decian que era calor, y algunos fuego, por ejemplo, la fiebre, daban la quina por largo aun los mismos que decian que ésta era muy cálida, que tambien era fuego. Hipócrates mandaba dar vino en fiebres agudas; y en intermitentes, medicamentos que aun se les reputaban mas cálidos. Galeno igualmente, y aun en las mismas tercianas notas ó espúrias daba hasta los ajos y la pimienta; y con este método aseguran muchísimos autores haberse curado millares de enfermos. Hasta el mismo Helmóncio en fiebres ardientes, inflamatorias, daba hasta la triaca disuelta en aguardiente, y manda que esto se ejecute sin miedo del calor.

Y por último, ¿á qué clase de homeopatía corresponde el caso que refiere Jacobo Dechemid, á saber, que, habiendo acometido tercianas á su hermana por haber comido en una temporada muchos arenques, y no haber podido curarse con los remedios comunes, apeteció despues de algun tiempo comerse un arenque, con lo cual se curó?

Pero basta ya de homeopatía, y volviendo á los sistemas en general, yo creo que todos son unas bellas fábulas y juegos de entendimientos desenfadados, y por lo tanto, indignos de que nadie se atenga á ellos para dirigir su práctica. La naturaleza es libre, y no se sujeta á otras leyes que á las del Criador, y es audaz ignorancia creer que ella haya de sujetarse á las cavilaciones de los hombres. No se ha de fingir, no se ha de comentar, como decia el ya citado Canciller Bacón de Verulámio, sino que se ha de buscar en la misma naturaleza lo que hace y como se porta. El mayor escollo en el occéano de la medicina ha sido el querer los hombres disponer, le-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

yes, erijir sistemas segun la intrepidez intelectual de cada uno; y lo peor aun, el pensar que realmente estaban conformes los fenómenos ocultos de la economía animal, con los entusiasmos y ficciones del entendimiento. Siendo como es la medicina cosa natural, naturalmente se ha de exponer y esplicar, y en todo y por todo se ha de tratar de ella con naturalidad, bastando por lo tanto el prudente y racional uso de las cosas que la pertenecen.

Yo por mi parte confieso que abomino las cuestiones especulativas, y de consiguiente á los que para obrar en medicina se adhieren á ellas, que con tenacidad creen que el ejercicio práctico se funda real y verdaderamente sobre aquellas cavilaciones. El médico, sí, debe tener noticia de todas las cuestiones especulativas, pero tomándolas como por una honesta ocupacion; y es preciso tambien que, ademas de lo que es propio de la medicina, sepa Matemáticas, Astronomía, Física, Química, ciencias naturales etc., porque teniendo que tratar con toda clase de hombres doctos, debe saber de todo para hablar á cada uno en su idioma. Pero es justamente reprensible que se mida la importancia de un médico por su locuacidad, por su teórica, por sus metafisicas. Todo esto no es mas que voces y con ellas no se cura el mas pequeño achaque. No es lo mismo vomitar sentencias y recitar aforísmos, que curar enfermos, dijo ya Aretéo de Capadócia, y esto mismo fué máxima de Sydehnán, Baglivio, Bidlóo, Góris y otros muchos; y Jáckson decia: *Médico es el que cura, no el que charla.*

Pero, lo peor es que, el que charla, es el que medra; el hablador, el que preocupado con los embolísmos de los sistemas y teorías y la cartilleja del escolasticismo, parla y mas parla, es el que mas medra.

Mas se debe confiar en un médico ingénuo, capaz, con solo práctica repetida y observaciones, que en el mejor catedrático, si cree que no es sueño cuanto le suministra la medicina escolástica.

La causa del atraso de la medicina y su total menoscábo, es la investigacion filosófica de las operaciones de la economía animal y sus causas.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

No es la disputa sobre principios precarios, la verdadera lid para administrar, ni calumniar medicamentos, sino la sola esperiencia desapasionada. ¿Qué mayor prueba que el ver que, el ergo y la disputa pueden convertir en veneno, por ejemplo, hasta la misma quina?

Solamente por la esperiencia se han de esplorar las cualidades y modos de obrar las medicinas, y por lo tanto, nadie debe dejarse llevar del bulto de la autoridad y de la sistemática coordinacion escolástica, sino que debe seguir el consejo de Crólio de no jurar en ningun maestro doctrina, ni opinion, sino seguir desnudamente la verdad. Asi, pues, yo confieso claramente que no me asombran títulos ni formalidades, en que no hay otra sustancia que la pura formalidad. Y creo que son adaptables para toda la medicina escolástica, especulativa las palabras de S. Agustin que, en una carta á S. Gerónimo dice que, habiéndose caido uno en un pozo, se llegó otro al brocal para sacarlo, y le preguntó, que como se habia caido en el pozo. A lo que, respondió el de adentro: ruégote que pienses el modo de sacarme, no busques el que yo tuve de caerme.»

Efectivamente, y como decia tambien el gran Célso, no es necesario saber lo que causa la enfermedad, sino lo que la quita.

Como el arte médico todo es práctico, su objeto, fin y modo se regulan por prácticos esperimentos. Lo que hay cierto en medicina es solo lo que ha adquirido la esperiencia. No se ha de finjir, vuelve á decir Bacón de Verulamio, ni conjeturar, sino investigar con diligencia laboriosa lo que obra la naturaleza, porque sus ocultos fenómenos se someten solo á la práctica diligencia.

No tiene la medicina otra base segura y cierta, sino la que encontró la esperiencia. Los verdaderos médicos desestiman lo teórico, y saltando á lo práctico, afianzan en la esperiencia el acierto.

Desterrándose todos los sistemas médicos, se despejaria enteramente el paso á la observacion repetida en la naturaleza, y así, se debe despreciar como á inicuo enemigo todo dogma en la medicina, toda proposicion práctica universal, por la razon de que los climas, los temperamentos, alimentos y el individual genio de las enferme-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

dades son distintos. Ningun precepto práctico universal podrá salir verdadero porque no hay identidad entre las mismas dolencias. Ni aun dos casos particulares se hallan idénticos en la práctica. Ya el célebre Bidlóo dijo esto mismo claramente. Es preciso, pues, contraerse, á la naturaleza de cada individuo, porque todos los individuos son distintos entre sí, por ser distintas sus complexiones.

Dijo S. Bernardo que toda la doctrina y sabiduría de este mundo es confusa, variable é insubsistente; y en ninguna facultad como en la medicina, se ve hoy mas clara la verdad de esta sentencia.

Nuestro sábio Piquer decia que, son otras tantas terribles tempestades del mar de la medicina, la variedad de opiniones y sistemas que en ella se erijen.

Como los actos de nuestra economía son tan intrincados, y es anexa á los sistemáticos la vanidad; creyendo que se rebajaba su ciencia con que se pensase que ignoraban cosa alguna, inventaron en todo sistema para resguardo á que poder acojerse, varias voces confusas con que resolver cualquier dificultad, aunque ni el que pregunta, ni el que responde queden satisfechos; y por eso el arte médico está atestado de confusos estraordinarios nombres, que mas dificultan que facilitan su verdadero conocimiento; y la naturaleza, como dijo Senérto, no necesita en sus oscuridades de nombres monstruosos é imperceptibles.

Llega á tanto el ardor de la servidumbre que en los médicos causa la adhesion á sus finjidas hipótesis, que hasta las mismas observaciones y fenómenos de la naturaleza, hace que cada uno las prohije á su opinion, aunque tal vez esté sumamente discorde.

Es indudable que los medios de adquirir la verdadera medicina, son la lectura de los buenos autores prácticos, y la cotidiana asistencia de distintos enfermos. Esto es tan palpable, que la misma medicina y las mismas observaciones lo estan diciendo.

En nada se verifica mejor la longitud del arte médico y cortedad de la vida, que en la falta de ocurrir en una vida todos los casos en que puede ejercitarse dicho arte.

El norte mas seguro para la conjetural brújula de la medicina,

(c) 2007 Ministerio de Cultura

es el inquirir el motivo de adolecer, y seguir las huellas de la naturaleza; esto es, perfeccionar lo que ella comienza, proseguir por el lugar de sus esterminios, y si se puede; en los mismos tiempos y horas que ella lo hace.

Cúrese con racionalidad, esto es, con esperiencia y razon, y si la razon no se halla, con la esperiencia sola, como dijo Célso. Y aun en conflicto, ó equilibrio de razon y esperiencia, mas se debe fiar de la esperiencia, que de la razon. Dice Valles que, no es de médicos racionales sujetarse á libros, comentarios, ni leyes para las curaciones, y lo mismo dice el gran Canciller Bacón de Verulámio.

Para erijir en medicina un sistema seguro y verdadero, faltan entre otras muchas cosas, una historia mas exacta y abundante, tanto general como particular de todas las enfermedades. Y mientras tanto, el fundamento tal cual menos errado de la medicina, consiste, como decia Hófman, en las historias y observaciones, con una inspeccion prudente de la constitucion del sugeto, pais, clima y constituciones ocurrentes.

No hay cosa mas fácil que erijir un sistema médico, y despues ajustar á él los casos morbosos; pero no hay cosa mas inícua.

El médico no debe adherirse para aprobar, ni reprobar algun medicamento, á la práctica de aquellos, aunque sean tenidos por los mas famosos médicos, que reprueban, ó ensalzan éste, ó el otro medicamento, bajo las disposiciones del sistema que siguen.

Las observaciones son las que hacen mas fé en materia de medicina, que todas las hipótesis y vanas cavilaciones de los hombres. Y ademas que, hasta por su propia conveniencia, el médico debe hacer el mismo caso de todos los sistemas de la medicina para curar sus enfermos, como de un sueño ó un delirio. Y finalmente, se debe desechar toda máxima que, cimentándose en uno ú otro efecto particular, se levanta con el carácter de universal entre los médicos que se tienen por mas sábios.

Pero volvamos ya á las partes de que se compone la medicina. El estudio de la Semeyótica, ó la parte que trata de las señales, es el único que puede servir de provecho; pero no en la cátedra, sino

(c) 2007 Ministerio de Cultura

á la cabecera de los enfermos, en donde son dictadas por la naturaleza. Así fué como las estudió Hipócrates, y su ejemplo debió haberse seguido siempre; pero era consiguiente que la vanidad escolástica habia de llevar tambien la ciencia de las señales al áula contenciosa, apoderándose por lo tanto desde luego de ella el sofisma; y lejos de adelantar aclarando las pocas esperiencias que tenía por fundamento, las confundió y las hizo sospechosas, viniendo á quedar dicho estudio en la clase de supérfluo, incierto y consiguientemente nocivo.

Lo que diremos luego acerca del pulso, basta para probar esto, que por lo tanto, ya ello por sí solo tambien basta para invalidar las pretensiones de la medicina escolástica, y humillar la arrogancia de los entusiastas defensores de ella, que seducidos y preocupados por el brillo de las teorías, de los sistemas y dogmas, quieren que á las leyes de sus cavilaciones, se haya de sujetar en sus operaciones la naturaleza.

La medicina no empezó con el dogma, sino con la esperiencia y la práctica, y tan infeliz es el dogma y tan dichosa es la esperiencia, que lo poco que hay cierto en el arte, lo enseñó la esperiencia; y por eso son dignos del mas alto desprecio nuestros dos príncipes del dogmatismo, Bravo y Mercado con algunos otros tan orgullosos como fanáticos, que se empeñaron en probar que la medicina que infundió Dios á Adan, fue la dogmática, y que es preciso para que la medicina se mantenga sin escrúpulo en la clase de las ciencias, el que los médicos no hagan cosa alguna mecánica, ni esperimental.

La humanidad entera debe relegar al eterno olvido los nombres de Bravo y Mercado, y erijir un monumento para eterna memoria del célebre catedrático Pedro Pablo Peréda que ya hemos citado, porque desengañado, fué el primero que dijo que, *la medicina toda es práctica;* y para memoria tambien de Dóleo y Silvio de Lebóe que le secundaron y contribuyeron con él, á que su grito resonase por el mundo.

Desde que á la medicina se la puso la muceta y la borla, entró en ella el embrollo y la confusion; mas sin embargo, los escolástico-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

dogmáticos, para que siguiera con tal ropaje que, aunque tan ridículo y estraño, tanto les encantaba, hacian en la cátedra y en su estudio los mas inauditos esfuerzos.

En la cátedra, con altisonante voz para que retumbase por todos los ámbitos del cláustro, por todo el recinto universitario, dictaban á la naturaleza caprichosas leyes en nombre del dogma, apoyándolas con ergos y mas ergos como sus compañeras las otras ciencias, para que se la creyese digna de seguir alternando con ellas, y vivir bajo de un mismo techo. Allí, citando por ejemplo el pulso, para tratar de él, y darle la mayor importancia, dictaban con admirable énfasis, mas de cincuenta composiciones y complicaciones con los espantosos nombres de estrepente, vermiculante, caprizante, formicante, miúro undoso, serráto, rítmico igual, rítmico desigual etc., siendo asi que son muy pocas las diferencias que en realidad se observan y que importa conocer; y por eso Montano llamó impostores á los que dicen que conocieron tan grande número de diferencias de pulso y las defendian en la cátedra.

Pero lo mas admirable es que, Hipócrates en todas sus obras no hizo siquiera mencion de las señales que pueda suministrar el pulso; solo habló de él una vez, pero muy ligeramente, diciendo en el libro de alimentos que, el pulso y la respiracion son señales de la enfermedad y de la sanidad. Lo mismo se observa en otros muchos célebres médicos, pero no hay esto solo, sino que ademas otros muchos, célebres tambien, dicen que se desconfie del pulso, porque casi siempre engaña para los prognósticos; y nada menos que fueron Plémplio, Montáno, Hildáno, Etmulléro, Hofman, Musitáno, Tozzi, Baglivio, Amáto Lusitano, Zacúto Lusitano, Argentorio, Uviéro, Donato, Bartholino, Róseo y Schénchio. ¡Oh, santo Dios, y todo esto no es bastante para confundir la arrogancia aun del médico mas presumido y defensor de las cuestiones escolásticas!

En la cátedra tambien se llegó hasta dictar una música pulsoria, haciendo aplicacion para ello, de la musúrgia, ó arte de emplear convenientemente las consonancias y disonancias, para entender siquiera el compás del pulso y el valor del longo breve, semibreve y

(c) 2007 Ministerio de Cultura

mínima; y alli por último, se llegó hasta inventar varias máquinas sphygmicas, ó pulso-mensorias. Y á propósito de esto, pues el asunto no es para menos, yo creo que vamos á tener ahora nueva música pulsoria, porque un nuevo sphygmógrafo acaba de anunciarse, pues segun se ve en el periódico, el Siglo médico, número 53, el aleman Vierordt acaba de salir á la escena con un sphygmógrafo, ó instrumento que dice tiene por objeto medir y determinar en figuras las formas y las dimensiones del pulso. ¡Si volveremos al estrepente, vermiculante, rítmico igual etc., y á los compases del pulso de antaño!

Es tanto lo que puede el idolillo del escolasticismo, es tanto lo que fascina y encanta que, ni ha sido bastante para desvanecer las ilusiones y contener los delirios de los escolásticos, el que hayan levantado su voz los hombres mas eminentes en medicina, y entre ellos especialmente el segundo Hipócrates, el gran Célso, que con el sencillo lenguaje de la mas pura verdad decia: No comenzó la medicina por estas cuestiones, sino por los esperimentos, y conforme se ivan encontrando los remedios, ivan los hombres discurriendo la razon de ellos. No se encontró la medicina despues de la razon, sino que se buscó la razon despues de hallada la medicina. Buscaron tambien si la razon enseña lo mismo que la esperiencia, ó lo contrario; pero si se halla que enseña lo mismo, es supérfluo el trabajo, y si se halla que enseña otra cosa, no puede dejar de ser falsa la razon.»

Tambien Jorge Baglivio estampó las siguientes notables palabras: Muchas cosas discurren los hombres en su estudio que les parecen ciertas y consonantes á la razon; pero cuando llega la práctica, las encuentran, no solamente absurdas, sino casi imposibles.

Y hasta el mismo Galeno dijo terminantemente que, no son necesarias las cuestiones fisiológicas y patológicas; y así se espresan tambien Dodonéo, Arquitas, Vega, Lázaro Riverio, Heredia, Llera, Etmulléro y Silvio de Lebóe.

Era consiguiente que la medicina escolástica habia de poner tambien como todo lo demas de ella, en el mas lastimoso estado de desconcierto y confusion, lo relativo á las indicaciones de los remedios.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Para prueba de esto, basta solo ver lo que pasa con respecto á la sangría, aun con ser uno de los remedios mas conocidos y usados.

Solo de las indicaciones de la sangría se ha hecho una verdadera babilonia. Las principales causas son las cavilaciones y sutilezas en que han fundado dichas indicaciones, á saber, las alteraciones y putrefaccion de la sangre, el vicio en su movimiento, la irritacion mortebosa, la plétora con la decantada y pomposa division de plétora ad vasa y plétora ad vires, y otras varias indicaciones de menos importancia, tratando de todas ellas con una jerigonza ridícula y confusa.

La sangría, dicen que es remedio mayor, y despues de tanto tiempo como hace que se trata de ella, aun no estan conformes en los casos en que debe emplearse. Nada con respecto á esto hay de seguro y cierto; pero lo seguro y cierto es que, cada vez se abusa mas de la sangría.

Mientras que muchos autores mandan sangrar con frecuencia, otros muchos muy recomendables se horrorizan de la sangría, la llaman verdadera puñalada, y dicen que se puede curar sin ella.

En cuanto á la putrefaccion de la sangre, que algunos señalan por indicante de la sangría, sobre ser muy dudoso para muchos el que haya tal putrefaccion, es segun otros, muy difícil conocerla; y ademas hay muchos que dicen que, aunque haya tal putrefaccion y se conozca, no está indicada la sangría, porque nada con ella se remedia, pues la putrefaccion dicen que es vicio en la cualidad, no de la cantidad, y que aquel, no indica evacuacion, sino espurgacion.

La putrefaccion, ó está en el todo constitutivo de la sangre y en toda la masa, ó en una de las partes constitutivas, ó en una parte sola respecto á la totalidad de la masa. Si es lo primero, habia que estraerla toda, si lo segundo, dificilísimo seria conseguir sacar solamente la parte podrida, sea con respecto á las partes solas constitutivas, ó sea con respecto á la totalidad de la masa; pero los apasionados á la sangría contestan á todo esto, diciendo que, quitada la parte mala, puede mas bien domar la naturaleza la restante; y los contrarios responden que si queda menos materia podrida que do-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

mar, tambien queda menos naturaleza que dome, pues que ésta consiste en los espíritus vitales y animales engendrados de la sangre, y de consiguiente, ésta es el instrumento para remediar la putrefaccion.

En cuanto á la plétora ad vasa, la señalan por caractéres el rubor ó color rubicundo, ó mas rojo de lo natural ó habitual de la persona, con tension de las venas y llenura del pulso; pero estas señales se equivocan con las de la plétora aparente que no indican sangría.

Las señales que dan para la plétora ad vires, son principalmente, la gravacion y descaecimiento en el paciente; pero ¡infelices señales, pues se equivocan con las de lo que vulgarmente se llama galvana!

Hipócrates sangraba poco, y lo mismo hicieron sus sucesores, hasta que llegó Galeno, que fue tan aficionado á la sangría y tan audaz en este asunto que, con respecto á ciertas enfermedades, aconsejaba que se sangrase hasta el desfallecimiento; pero quien echó el resto, fue nuestro Valles con el siguiente terrible testo que dice: «Casi ninguna es la enfermedad en que no comienza su curacion con sangría, porque sin este auxilio, apenas tiene entrada otro remedio.»

Mas daño puede causar al género humano este inexorable testo que la invencion de la pólvora, y sin embargo, á su autor se le ha dado el nombre de divino. En esto tiene el mundo un triste ejemplo de lo que pueden para muchos hombres la preocupacion, el entusiasmo y ciego fanatismo por la medicina escolástica, teórica dogmática; porque justamente el Sr. Valles fue uno de los príncipes del dogmatismo. Pero si fuera posible poner en una balanza la divinidad que sus adoradores le adjudican, y el daño que haya podido y pueda causar su abominable testo, desde luego se vería cual pesaba mas, sin embargo de que crean que pesa mucho la tal divinidad neroniana, pues yo creo que en caso, el Sr. Valles, mas bien será divino á lo Nerón; y si á éste por una aberracion del entendimiento humano llegaron los romanos hasta llamarle divino, ¿qué estraño es que tambien se le llame á Valles?

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Pero dejemos ya esta babilonia, basta ya de sangría, porque es la piedra de escándalo de la medicina.

Las indicaciones son la base en que se afirma el edificio del método de curar, y es tanta la variedad de ellas, como es la variedad de causas morbíficas que se señalan por todos los sistemáticos, y siendo estas hipotéticas, falsas ó absurdas; resulta que aquellas no son rectas ni seguras; y de consiguiente, el verdadero norte de indicacion es el recurrir á los específicos esperimentados y á probar con todo.

Dice Baglivio que siendo desconocidas las causas porqué vivimos, todavía son segun su juicio, mas desconocidas aquellas porqué enfermamos, porque de todo punto es incomprensible para nosotros aquel principio que inmediatamente produce las enfermedades. ¿De dónde, pues, prosigue, podremos tomar las indicaciones para curar, habiendo tan intrincadas dudas? Y contesta que, á la pura esperiencia, al prudente empirismo, al solo testimonio de los sentidos en la observacion de lo que aprovecha y daña en las enfermedades, debemos acojernos.

Toda la máquina de la indicacion consiste sin disputa en dos principios, ó falsos, ó á lo menos sumamente dudosos. Estos son, el establecimiento de la causa y modo de la enfermedad, y el modo de obrar y enerjía de los medicamentos. Uno y otro es de fé humana que se iguora, y que solamente tenemos el uso práctico por lo que la esperiencia nos enseña. De aqui es que, cuanto se ajuste de indicaciones, es dicho meramente hipotético, todo es sofístico y alucinador.

Cada sistema médico señala las indicaciones segun la idea que ha establecido de la causa. Todas estas causas son hasta aqui solamente idea, con que todas las indicaciones deberán ser otro tanto.

Si alguna cosa hay en la práctica médica que necesite de mayor correccion, son las indicaciones, dice Baglivio, porque fundadas en hipótesis falsas, nada nos presentan, sino unos vanísimos argumentos.

Y lo mismo se puede decir aun en el dia de hoy.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Despues de tanto como los escolásticos han charlado acerca de las causas de las enfermedades, aun se ignora la causa inmediata de ellas, la causa primo efectiva, ó antecedente radical, la causa continente próxime formal, eficiente, la causa inductiva del mal, ó productora, que quitada se cura la enfermedad y se restituye la salud.

Se engañan los que señalan ser ésta ó aquella la causa de las enfermedades, con el genuino preciso modo con que ofenden, porque se debe entender por causa de la enfermedad, aquella causa que, introducida dentro del viviente, sea producida en sí, sea venida en todo su ser de afuera; saca del estado natural á los sólidos y líquidos, inmutando las funciones naturales. Esta es la verdadera causa que debiera saber el médico, si fuese posible, y el modo y accion con que ésta obra inmutando las partes sólidas y líquidas; pero esto aun se halla depositado en lo mas hondo del pozo de Demócrito.

No se alegue lo que dice Baglivio hablando de las causas inmediatas de las enfermedades, á saber, que, son muchas las causas inmediatas que facilísimamente se manifiestan; porque en otra ocasion canta la siguiente palinodia, diciendo: ¿quién de los médicos de ingenio modesto, será el que no confiese que ignora las causas internas ó inmediatas de las enfermedades?

El norte de lo que daña y aprovecha en las enfermedades, es mas cierto para proseguir en la curacion de la dolencia con algun acierto, que para que por él se pueda saber la causa productiva de las enfermedades. Es de fé médica que ignoramos cómo y porqué obran los medicamentos sobre la causa y sobre las partes, ¿cómo, pues, sabremos por la naturaleza de ellos, por la ley de, *los contrarios se curan con los contrarios*, cual es la causa de la dolencia? Absolutamente se ignora el proceder mecánico natural y preternatural, y el cómo del efecto de los medicamentos, quedando solo á salvo el observar los efectos en la práctica.

Hay enfermedad en la que se cuentan mas de veinte opiniones sobre la causa inmediata productora etc., y de consiguiente, de ellas se sacan otras tantas indicaciones curativas, que precisamente han de ser inciertas. Sépase, pues, que despues de tanto como se habla y se

(c) 2007 Ministerio de Cultura

escribe de indicaciones y de causas, solo se saca en limpio que la enfermedad debe curarse.

Las causas ocasionales esternas que muchos presentan como un indicio fuerte para conocer y capitular la causa interna inmediata de las enfermedades, son del mismo modo insuficientes para conseguirlo. Es incomparablemente mas cierto y seguro que, el hombre crece y se nutre por los alimentos y bebidas que toma, que el que enferma, v. gr. por el frio. Pues si una accion tan natural y repetida como es el crecer y nutrirse, se ignora como se hace, si es un misterio; una accion en que los materiales pueden examinarse hasta resolverlos en sus componentes, se ignora todo, ¿cómo se podrá saber como estos mismos se hacen preternaturales á las mismas partes, cómo las dañan y qué vicio adquieren? ¿Y cómo, pues, un poco de ambiente frio produce una calentura sínoca, una maligna etc.?

Contengan, pues, los escolásticos el orgullo filosófico con que viven satisfechos de que saben algo de la economía animal, ni de las causas porqué vivimos ni acabamos. Reconozcan que en la medicina no hay principio médico cierto, que no lo hay que no esté ofuscado de dudas y cubierto de paralogísmos.

Mientras que los escolásticos sigan conduciéndose como hasta aquí, contribuyen mucho sin ellos conocerlo, á que se sostenga injustamente en el vulgo la creencia de que no hay enfermedad en qué, sino yerra el médico la cura, no puede dejar de sanar el enfermo. De modo que, siempre que muere el enfermo, jamas deja de ser, ó porque no se sangró, ó porque se sangró, ó porque no se purgó, y asi de lo demas.

Y aun los médicos que reconozcan lo mucho que se ignora en medicina, deben persuadirse que es mas decente confesar su ignorancia, que con sofismas y ambajes ocultarla.

Convengamos todos, pues, en que el rumbo mas seguro en medicina es la inspeccion prudente de el enfermo, la observacion de sus accidentes y circunstancias de sexo, edad, temperamento, costumbre, clima, estacion etc., el norte de lo que aprovecha y daña, ordenadas noticias de uno y otro sistema, y sobre todo, repetida espe-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

riencia propia; pues de ese modo, por lo comun sucede bien, ó á lo menos cumple el médico con su obligacion.

Ademas es preciso tener presente que, el médico no debe ser oficioso en acumular medicamentos. Estos han de ser pocos, de actividad conocida y en tiempo oportuno. Los médicos y emperadores decia Quinto Fabio Máximo, mas aprovechan algunas veces estando quietos que obrando. El tiempo, prosigue, asi como causa enfermedades, tambien las quita.

Valles manda que no se acumulen remedios intempestivamente, sino que use el médico perito de buena regla, direccion y método.

Un remedio que neciamente se dispone, es como un acero que impíamente hiere.

Dice Villarroel que hay otro infierno en la tierra, y es el médico ignorante, porque castiga y atormenta á cuantos coje entre sus manos; pero que al docto, habia de entronizársele en la esfera.

Muchas veces se atestan oficiosamente de medicamentos á los enfermos, cuando no estan para otra cosa mas que, para que les dejen estar quietos.

Unas veces se hace por vanidad del médico, y otras por culpa de los mismos enfermos y asistentes, por creer que cuantas veces se visite al enfermo, se le debe recetar algo.

Aunque sean muchas las visitas del médico, deben ser pocas y oportunas las medicinas que disponga. ¡Oh, con qué pocos remedios, exclama Jorge Baglivio, se pueden curar las enfermedades! Y dice aun mas, que, el médico debe saber mucho y obrar poco.

Hasta el mismo Galeno, de quien corre la fama de que era aficionado á recetar, dice con referencia á los médicos oficiosos en abrumar á los enfermos con medicamentos que, cuantas veces visitan al enfermo, tantas veces pecan.

Entre el fárrago de medicamentos que se emplean para cada enfermedad que es capaz de aliviarse ó curarse, es verosímil que á uno solo se le deba la victoria. Por acumular remedios nadie ha sanado, y por acumularlos, por usarlos inmoderadamente, se hicieron de peor calidad muchas dolencias, y hasta han perecido muchos.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Para lograr mas el acierto, se ha de curar con pocos medicamentos, mucha paciencia y alta sabiduría.

El médico debe esperar los movimientos de la naturaleza, y seguirlos; éste es el punto mas crítico y necesario del arte, y que totalmente pende de la perspicacia y grande observacion del médico, por lo que no debe despreciar insinuacion alguna de la naturaleza, ó por mejor decir, el médico debe observar el camino que la naturaleza insinúa, y si lo conoce, lo que solo debe hacer es, ayudarla, si llevando aquel camino se ve alivio, y si la naturaleza se muestra lánguida, pues bastando ella sola, todo lo que no sea naturaleza, sobra.

Pero tan abominable como es acumular medicamentos, lo es tambien dejar enteramente á la naturaleza la curacion de las enfermedades, por mas que los apasionados de la medicina espectante, la juzguen medicatriz de las dolencias. Aun á los enfermos que llegue á considerárseles ya como deshauciados, se debe seguir instando con algun remedio. Nunca se debe abandonar al enfermo, hasta el último instante se deben hacer pruebas, pues mientras esté unida el alma al cuerpo, puede esperarse el fruto de el medicamento y del arte.

Cuando se ignora la enfermedad, si es crónica, ó leve, puede dejarse á la naturaleza, porque ésta, ó podrá curarla, ó manifestarla; pero no asi en las malignas y agudas, siempre que las señales, aunque confusamente, indiquen algo de maligno; y para empezar á obrar, será bastante indicante la vida anterior del enfermo y el exámen de las ocasiones de adolecer.

Uno de los ejemplos mas vivos de la incertidumbre de la medicina escolástica, especulativa, contenciosa, es la fiebre. El necio empeño de querer saber en qué consiste, de señalar su causa y conocer su esencia; ha sido el motivo de que en cosa ninguna de la medicina se haya delirado tanto; y precisamente en cosa ninguna tanto como en las fiebres, debiera haberse observado la conducta de Hipócrates, que creia superfluo y aun perjudicial el querer indagar la esencia de la enfermedad y asignar su causa, por parecerle imposi-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

ble. Y en efecto, es desesperada empresa el querer saber en que consisten las enfermedades.

El segundo Hipócrates, el gran Célso, siguió su ejemplo y dejó escrito el memorable apotegma siguiente: No es necesario saber lo que causa la enfermedad, sino lo que la quita.»

Saliendo falsas como no podian menos de salir las asignaciones que se dieron á la esencia y á la causa de la fiebre, forzosamente habian de influir de un modo funesto en la práctica ó en la aplicacion de los remedios.

Hipócrates no habló de calenturas, solo hizo mencion del calor (pyretos en griego), como de cualquier otro síntoma, pero despues la medicina escolástica, contenciosa, del referido síntoma calor formó una fantástica region, (la Pyretológia, del referido pyretos, calor), ¡cómo si ya el verdadero campo de la medicina no fuese bastante estenso y escabroso para ocupar toda su vida el hombre en recorrerle y registrarle!

Luego en la primera época de la medicina teórica, escolástica, se hizo consistir la fiebre en el movimiento inordinado de la sangre, cuyos efectos y señales correspondientes son, calor, rubor, sed y celeridad pulsátil. Sin embargo, (y aquí se ve una prueba ya de lo fantástico, ilusorio, imaginario y quimérico de la Pyretológia) muchas veces padece el hombre ésta fiebre especulativa, sin estar enfermo, pues la padece tantas veces, cuantas ha hecho un ejercicio vehemente, que corre, juega á la pelota etc.; en los dias calurosos de verano, cuando se está algun tiempo á la lumbre, y cuando despues de las comidas, el nuevo quilo se introduce en la sangre. Entonces hay fiebre especulativa, pero no hay indisposicion ninguna, no hay lo que constituye la razon de la verdadera, real y positiva fiebre, probada, confirmada y establecida por cuantos la han padecido, á saber; aquella indisposicion interior, ó hábito morboso, aquel mal hábito inesplicable con la voz, con el cual sabe mejor el que lo padece, que está enfermo y febricitante, que todos los médicos del mundo. Esto es evidente. Y sin duda que lo fue luego tambien para los mismos teóricos, porque al poco tiempo fue dicha teoria reempla-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

zada por otras; pero lejos de valer mas que la primera, como era consiguiente, ha venido siendo cada cual, conforme se han ido sucediendo unas á otras, mas y mas necia, ridícula y estravagante, segun mas y mas se han ido engolfando sus autores en la empresa de conocer la esencia de la fiebre.

Muy prolijo sería referir el gran número de dichas teorías, y asi, para seguir con nuestro principal propósito, lo haremos solo de las mas notables, á saber: La fiebre, segun Avicéna, es calor estraño encendido en el corazon y difundido á las demas partes; pero á esto se opone el que hay fiebres frias, muchas fiebres en las que lejos de haber calor estraño ni aumentado, aun el natural está disminuido, pues en todo el tiempo febril domina el frio; luego no es calor la fiebre, no es el calor su constitutivo esencial. Todas las fiebres álgidas, muchas amatorias y las mas de las fiebres cloróticas, son fiebres en que no se nota algo de intemperie cálida.

Y por otra parte, si en el corazon se encendiese el calor que dicen constituye á la fiebre, á juzgar por la intensidad que de él se nota en las partes mas distantes muchas veces; era preciso que en el corazon hubiese una hoguera, y entonces llegaria á quemarse, á achicharrarse por lo menos.

Ademas, se opone tambien el que, el calor no conviene solo á la fiebre, ni conviene á toda fiebre, ni siempre acompaña á la fiebre. Que el calor de la fiebre, no es la fiebre, sino un mero accidente de ella, que puede darse sin fiebre, y ésta sin él, del mismo modo que la sed, vigilia, dolores, etc. que la acompañan; por lo que es tan estravagante decir que la fiebre es calor, como lo sería decir que la fiebre es sed, vigilia etc.

Poco tiempo despues de Avicéna ya se dijo que la fiebre consiste en la ustion de los espíritus. Mas adelante, que en la demasiada permanente rarefaccion de la sangre. Despues, que en el turbado órden y sitio de sus partículas, con el cambio tambien de la figura de sus poros. En seguida se dijo que consistia en la estraña agitacion de los líquidos y el nimio movimiento de los sólidos. Despues, que es una inmódica fermentacion de la sangre; y luego, que una efervescencia de ella.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

En esto, llegó Helmóncio y dijo que la fiebre es la irritacion del Archéo (ente imaginario que él inventó) y en seguida vino Laudavillete diciendo que consistia en las figuras de las partículas de la sangre. Despues Dóleo, que en la irritacion del Microcósmetor (ente igual al Archéo de Helmóncio), y luego el célebre Cárlos Musitáno que, en la del espíritu Folléto, es decir, un duende.

¡Vaya una trinidad febril bien estrambótica y rara, el Archéo de Helmóncio, el Microcósmetor de Dóleo y el espíritu Folléto de Cárlos Musitáno, pues cada uno de ellos es un duende, y un duende son todos tres!....

Cárlos Musitáno fue el primero que dió en la dificultad, y hasta vergonzoso es que los que le antecedieron, no hubieran dado en ella desde luego, porque hasta los que son estraños al arte de curar, saben que la fiebre es un duende, como casi todo lo demas de la medicina.

Cárlos Musitáno debió ser hombre de buen humor, pues, sin duda en venganza de la imposibilidad de saber lo que es la fiebre, se entretuvo en pintar acerca de ella escenas burlescas, pues ademas de lo de su referido duende, esplica el frio, retraccion del pulso etc. que hay al principio de los paroxísmos febriles, diciendo que, todo es un miedo de la naturaleza en entrar á pelear con la causa ocasional morbosa, esto es, con el espíritu Folléto, ó duende, hasta que recobrada del primer susto, y por honra, saca fuerzas de flaqueza, se irrita, y acometiendo valiente á su enemigo, se sigue la turbacion que se nota en el aumento y estado de la acesion febril.

Aprendan, pues, los escolásticos en Musitáno á inventar hipótesis, á formar teorías.

Llega despues, Svamerdán, y trata tambien de penetrar en la economía animal para buscar la esencia de la fiebre; pero apenas ve las vueltas y revueltas, y lobregueces del misterioso laberinto de la máquina humana; acordándose de que se decia que habia un duende ó espíritu dentro; y en la duda de que pudiera ser diabólico; por si acaso ivan mal dadas, retrocede espantado á toda prisa, vuelve á salirse al aire libre, y entonces, haciendo de valiente, dice á voz en

(c) 2007 Ministerio de Cultura

grito: aqui, aqui, en el aire y su fuerza elástica está la causa del latido febril, ó del movimiento pulsátil.

Sigue á este valentón, el Hipócrates inglés, el gran Sydehnám, y enterándose de todo lo que habia en el asunto de la fiebre, se rie á carcajadas al ver que tantos hombres se hayan ocupado en palpar sombras por querer buscar la esencia de una cosa que no existe, de una cosa negativa, cual es la enfermedad fiebre, porque no es enfermedad, y que tan lejos de eso, que la fiebre como tal, no debe curarse ni invertirse, porque es un medio por el cual la naturaleza espele de sí aquello que la ofende. Y no solo no debe curarse, sino que algunas veces, hasta debe aumentarse si se la vé perezosa.

De igual opinion fueron despues Uvalschimid, Boheráve, Hofman, y nada menos tambien que los insignes médicos, filósofos y matemáticos Ernésto y Stahl, y sus sectarios Albérti y Nénter.

Despues de Sydehnám, vino al mundo nuestro doctor Martin Martinez, y como buen escéptico que era, dudando de todo lo que habian dicho los demas, y para no caminar tan á oscuras como ellos en acometer tal empresa; acude antes á la célebre manchega Doña Oliva Sabúco de Nántes, y con toda la ceremonia y rendimiento que eran propios de un caballero español del siglo pasado; la suplica que le haga el favor de darle por un momento la antorcha de su invencion, la antorcha encendida con el jugo nérveo que ella acababa de descubrir. Con efecto, la obtiene al punto, y alumbrado por ella, penetra en la economía animal; y despues de recorrerla toda, sale muy satisfecho diciendo que: la esencia de la fiebre consiste en un movimiento pulsátil irregular del corazon, originado de una irritacion espasmódica de sus nervios.» Pero él no conoció su engaño, y que por la clase de luz que llevaba, por las circunstancias y cualidades propias del recinto que recorria, con los reflejos, cambios y mil diversas combinaciones de sus rayos en los infinitos senos, concavidades, vueltas y revueltas, anfractos y sinuosidades, conductos etc. etc. de tan intrincado laberinto; vino á formarse una verdadera fantasmagoría que le hizo ver visiones. ¡Y visiones tambien mas ó

(c) 2007 Ministerio de Cultura

menos semejantes, es lo que han visto los demas que han seguido despues hasta el presente!

Ademas de lo que acaba de verse acerca de la esencia de la fiebre, por el delincuente prurito de amontonar cuestiones inútiles, y de hacer mas inacesible la medicina, era consiguiente que se introdujeran vanísimas divisiones en las fiebres. Sobre ser enojoso el ocuparse de ellas, hasta sería un cargo de conciencia, y así, baste decir que solo Sauváges hizo 150 divisiones.... ¡Oh santo Dios, y que bien viene esto con lo que dijeron Sydehnám y Stáhl y demas secuaces, como ya se ha hecho mencion, de que no es enfermedad la fiebre, de que como tal, no existe, que es una cosa negativa, que es un no ente, en fin, que no es nada.

Todo, pues, cuanto se vé que hay acerca de este asunto, constituye una verdadera fatalidad para la práctica, y lo peor es que durará hasta que llegue el dia en que todos los médicos se persuadan de que la fiebre no es mas que un síntoma, que no existen fiebres esenciales, pues para que existiesen, era preciso que la fiebre fuese un afecto absoluto, primario, independiente. La fiebre como tal, es un ente de razon, y solo el daño que existe, productor de lo que se llama fiebre, es el homicida.

La fiebre, como quiera que sea, es solamente señal que manifiesta afecto ó causa que turba nuestra economía. De modo que, se puede decir que no hay fiebre esencial, sino sintomática, no hay enfermedad fiebre, sino fiebre efecto indicatorio de causa delincuente.

La falta de identidad, y aun de similitud en la curacion de una misma fiebre al parecer, es una eficaz prueba de este aserto; y la variedad de partes ofendidas tambien en una misma fiebre, que demostró la autopsia quitan totalmente la duda.

No es, pues, la calentura la que mata al enfermo, sino el afecto que la causa, y éste es el que debe curarse por principal enfermedad.

Dicen los partidarios de las fiebres esenciales que, las lesiones que se encuentran en los cadáveres de los febricitantes, son el resultado ó efecto de la calentura, no ésta de aquellas, pues la calen-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

tura produce el daño; es decir que, el daño no tuvo principio con la fiebre, sino que por ésta se adquirió la mala diátesis hasta que murió el doliente; pero esto es un efugio. Se vé, por ejemplo, en un febricitante no haber mas novedad respecto á otros síntomas á lo último de su vida, que al principio de la enfermedad; luego se infiere que esencialmente no habia despues mas causa que antes, sino que se aumentó la perversion total, porque tomó incremento la inflamacion, v. gr., la obstruccion, etc., y finalmente, porque siendo esencialmente la misma fiebre á lo último, que al principio, debe suponerse igualmente en los dos tiempos una misma causa que la efectúe.

En casi todas las autopsias que se han hecho de febricitantes, se han encontrado señales de daño ó lesion en las partes internas, ya en lo sólido, ya en lo líquido, ya en los dos á un tiempo. Y aunque una gran parte de los esencialistas dicen que estas lesiones son efecto de la fiebre, no tiene valor ninguno, porque por otra parte enseña la esperiencia que, aquellas lesiones son causa de la fiebre, siempre que han podido sujetarse á la observacion, pues ellas anteceden á la fiebre, y nunca ésta á ellas; luego, parece que, atendida la uniformidad de la economía animal para unos mismos efectos, es muy natural que en las demas fiebres suceda lo mismo.

Otros dicen que no encontrándose en algunos casos de fiebre lesion alguna, deben existir algunas fiebres esenciales. Pero yo creo que, aunque en algunos casos no se hallen lesiones, no debe inferirse que no existan, pues serán de tal clase que no puedan reconocerse, y en el mero hecho de existir casi siempre visibles; la razon natural dicta que, en ningun caso falten aunque ocultas.

De consiguiente, la causa criminal de las lesiones arriba mencionadas, antecede á toda fiebre, y por lo tanto, ésta es solo un grito prolongado, una señal de queja de la economía animal, con que indica y se dá por sentida en fuerza de aquel afecto. Sí, la fiebre es solo signo concomitante de otros afectos interiores ó esteriores mas delincuentes, y estos son las causas inmediatas productoras conservantes de la fiebre. Tantos y tan grandes daños como se observan en los que mueren de fiebre, no pueden ser producto posterior á la fie-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

bre, porque era poco el tiempo para tanto, pues algunos mueren á los muy pocos dias.

Hay ademas de lo dicho otra prueba, que es la perfecta analogía que debe haber en el mismo cuerpo entre las pasiones, ó padecimientos interiores y esteriores. Son, por ejemplo, los flemones, los diviesos, erisipelas, carbuncos, bubones etc., el uso de cáusticos en las úlceras y otros tumores que suelen presentarse con calentura diaria; entonces la calentura es hija de aquellas causas, porque siempre la anteceden, y quitadas ellas, cesa la calentura. Jamas dichos afectos quirúrgicos fueron efecto de la fiebre, ó consiguientes á ella, sino que por lo comun cuando se presentan, se manifiesta ó aparece calentura despues de uno, dos ó mas dias.

Y una vez que en toda fiebre haya de haber, ó lesiones esteriores ó interiores, sean estas manifiestas, ó no; adquiere una fuerza insuperable la prueba de perfecta analogía, el ser de tan poco momento la diferencia de lo interno á lo esterno, respecto á la mútua dependencia de la circulacion, escreciones y demas funciones mecánicas.

¿En la fiebre ardiente, v. gr. no podrá ser quizá la verdadera enfermedad que señalan el pulso y demas caractéres de ella, alguna erisipela, flogósis, carbuncos ú otra afeccion de esta clase inflamatoria en algunas de las principales cavidades? Los dias de su duracion, sus crisis, inquietudes interiores, la sed, y lo que aparece en las autopsias de los que sucumben, son bastante prueba.

En cualquier afecto inflamatorio, por ejemplo, de una actividad sobresaliente, se nota ardor grande en el lugar inflamado, se sigue sequedad de la lengua, y despues fiebre del genio de las ardientes. Esta misma analogía lleva como con la mano á pensar que, en todas las ardientes antecede afecto inflamatorio interno, de quien es efecto la fiebre ardiente. Y que es mas ó menos aguda y pronta en señalarse, segun que la especie de la inflamacion, ó el lugar en que se sujeta la hacen de mala índole. Generalmente en las ardientes hay ardor formidable en las oficinas interiores, y algunas veces al mismo tiempo, rigor ó frialdad en los estremos, pues, ¿qué mayor señal de

(c) 2007 Ministerio de Cultura

inflamacion erisipelatosa ó de otra clase en las oficinas interiores, constituyendo la causa primaria, cuyos efectos son la fiebre y síntomas que la acompañan?

Esta misma idea de analogía con los afectos esternos, comprende todas las demas clases de fiebres segun el modo de ser de cada una, en razon de la clase de lesion, ó naturaleza, y el sitio; y para esto hay que considerar ademas que, es muy factible el que la bílis, la sangre, la línfa, el quílo, los demas jugos tambien, y aun partes sólidas conspiran á producir la fiebre.

Otra de las pruebas mas evidentes de que todas las fiebres son sintomáticas, es la fiebre lenta, pues en esta se nota que aunque dure mucho tiempo, y se vayan aumentando nuevos afectos en partes principales, no se aumenta la fiebre, ó no muda de genio, ó condicion, siendo así que se añaden motivos que conjeturalmente no existian juntos al principio. Fiebre lenta es al principio, y fiebre lenta es á lo último. Si la fiebre fuese enfermedad primaria ó solitaria, deberia haber mas fiebre, cuantos mas focos de daño se fuesen aumentando.

Se prueba tambien el sintomatismo de las fiebres con las diversas curaciones que se han practicado en la que pareció una misma fiebre, y con la heterogeneidad de partes ofendidas, que se advierte en las autópsias.

Hasta las causas todas que se señalan de la fiebre y sus constitutivos esenciales, son un puro engaño. Por todo lo que, repito que creo que la fiebre, ni es enfermedad, ni ella acaba con la vida, que la coleccion de señales que se llama fiebre, es solo señal de turbacion en alguna funcion de la economía, es un mero síntoma como los demas que así se llaman. Pues la sed, el dolor, el calor y la fiebre son germinaciones significativas de la mala diátesis, y que á proporcion y segun la actividad de esta, y partes, ó jugos en que se va estendiendo y sujetando, asi van proporcionalmente presentándose los síntomas.

La fiebre, vuelvo á repetir, es una señal de afecto, ó afectos criminales que padece entonces la economía en sus órganos de nutri-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

cion, de secrecion, escrecion y de otras funciones. Un síntoma, una señal dimanada de otro afecto interior, ó conocido ó desconocido, que tienen por causa alguna obstruccion, estagnacion, mala diátesis en las glándulas etc., como ya se indicó arriba.

Para ser esencial la fiebre era preciso que fuese enfermedad primaria, simple y absoluta, independiente, esto es, enfermedad solitaria y de unidad individual en su constitucion; pero tal fiebre no la hay en la naturaleza. Y sobre todo, la fiebre esencial parece que escluye la idea de materia, ó no haber causa material de ella; luego no es concebible.

La consecuencia, pues, que de sí arroja lo dicho, y que es de grande importancia para la mayor felicidad en curar la fiebre, es el que se debe apartar la hipótesis de primaria é independiente, y abrazar la de que es siempre un síntoma. O lo que es lo mismo, que las señales coexistentes que colectivamente llamamos fiebre, son un afecto indicatorio dimanado de la naturaleza de otro afecto oculto.

Comprendiendo por de contado todo esto tambien á las fiebres intermitentes, creo que solo deba añadirse aqui, como peculiar de ellas, que todo cuanto hasta ahora se ha dicho acerca de determinar ó asignar el foco para las fiebres intermitentes y sus causas, ó la razon de los períodos, son otras tantas escenas cómicas, pues se ignoran.

No hay punto en medicina que pruebe mas la nulidad de todo sistema, que el querer señalar el motivo del período. Sobre punto ninguno se han dicho mas despropósitos, ni ha habido mas estravagancias.

Despues de la importancia que tiene para la curacion de las fiebres, el que se las considere, ó un mero síntoma, ó efecto de otra enfermedad mas delincuente, en vez de enfermedad sola primo ofensiva é independiente de otro afecto, de enfermedad *per se*, y que no hay mas diferencia entre ellas que el mas ó el menos; hay que añadir que es muy rara la fiebre contínua en que deje de estar la ofensa radical en las partes del vientre inferior, como primer afecto, como verdadera y primordial enfermedad, cuya señal es la fiebre como

(c) 2007 Ministerio de Cultura

resultado; porque el estómago y primera region son como un almacen que mantiene casi todas las dolencias, son las principales oficinas de ellas.

La consideracion del mas, ó el menos de la fiebre para la curacion de ella, escluye todas las diversas cualidades que en su esencia se la han atribuido, y de que tanto se ha abusado v. gr., la malignidad; siendo así que ésta en la realidad, no es mas que un solo connotado de peligro. Por eso dijo discretamente Sidehnám (y lo mismo insinuó Baglivio) cuando clamando contra tantos que capitulan á casi todas las fiebres por malignas, dijo que; la opinion de la malignidad en las fiebres, ha sido mas funesta para el género humano, que la invencion de la pólvora. Y en efecto, es sumamente fatal el capitular por fiebre maligna á toda calentura que, sin otro testimonio mas que el de no ser precisamente de las vulgarmente conocidas, se presenta al médico; porque si éste no es muy prudente y libre, haciendo norte de la precisa malignidad, de nada mas cuidará para la curacion, pues acogiéndose á la sagrada áncora de que las cualidades malignas no se conocen, y que solamente se las puede oponer sus alexifármacos que tampoco se conocen; fijando en esto solamente la obra, se olvidará y se olvida de hacer conjeturas y de buscar otra causa mas manifiesta, y de probar por otros rumbos mas eficaces la curacion.

Una cosa semejante está sucediendo hoy con el tifo y la fiebre tifoidea, pues á casi todas las fiebres se las va ya capitulando asi, ¿pero no podrá tener tambien parte en esto la fascinacion de la moda?; porque hay que tener en cuenta que, la ley de la moda entra por mucho tambien en la medicina.

El pensar que toda fiebre es un toque á degüello de las Parcas contra el viviente, es estremo fatal. Hay muchas fiebres en que es sin duda de tan poco momento su causa, que se curarán por sí, ó con corto auxilio, como se cura un grano, una pequeña inflamacion esterna, pues tambien serán quizá estos mismos afectos internamente causa de aquellas pequeñas fiebres. Esta máxima la debe tener presente todo médico racional, para conducirse en la curacion de ellas,

(c) 2007 Ministerio de Cultura

contra los alaridos y temores del vulgo que nunca piensan que estan malos, sino tienen fiebre, y luego se dan por muertos en sintiéndose con alguna calentura.

Pero tambien es otro estremo fatal y pernicioso, el persuadirse de que toda fiebre es medicina, que es conato natural para curarse de la dolencia; porque entonces el médico será capaz de no moverse en ninguna fiebre á interrumpirla, y aun quizá estudiará modos de aumentarla. ¿Pues qué será, si está preocupado de que la naturaleza es aquella deidad que dió á conocer Hipócrates, idolatró Galeno é incensaron los médicos sectarios de la antigüedad, que todo lo sabe, que es curatriz de las enfermedades, que casi todo lo puede, que es docta sin maestro, y otros epítetos de este modo?

Es, pues, indispensable que se fije ya definitivamente lo que debe entenderse por naturaleza, éste no ente introducido en el mundo por la cavilacion de los filósofos y médicos, constituyéndole como una nueva alma dominante dentro de la vida. Entiéndase, pues, que la naturaleza no es otra cosa mas que, la resultancia armónica de toda la estructura maquinal, por la cual está necesitado el cuerpo orgánico viviente á ejercer todas sus funciones. Aquella necesidad actual de moverse toda la máquina en sus círculos, pulso, respiracion, secreciones, escreciones, elaboraciones y nutricion, en fuerza de la mecánica disposicion, enlace, testura y estructura de los sólidos, con la respectiva crásis de los líquidos.

De lo cual resulta que, diciendo entre sí una mútua dependencia toda ésta estructura mecánica para el ajustado cumplimiento de sus ejercicios debe por la misma regla desproporcionarse la naturaleza, siempre que se vicie cualquiera de aquellas piezas.

A lo que hemos dicho acerca de las fiebres, ya solo añadiremos que, la señal fiebre, debe serlo de tan distintas enfermedades internas, como son el número de partes que pueden estar ofendidas, y las cualidades y vicios de los humores que las hacen. Y que nunca ó rara vez deja de curarse con el síntoma febril un buen trozo de la principal dolencia, porque todos los síntomas no son otra cosa con la misma fiebre que efectos del daño radical, que es la enfermedad cierta.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Otro triste ejemplo presenta la medicina escolástica, especulativa en la cuestion de las crisis y dias críticos. Aun se disputa en el dia si en las enfermedades se dan ó no, dias decretorios. Esta idea que tuvo orígen en la época en que reinó el misterio de los números, y la supersticion de los *sietes*, fue uno de los embolismos de Pitágoras. Yo creo que debe despreciarse como lo hicieron Asclepíades, Célso, Tózzi, Helmóncio, Etmullero y el doctor Martin Martinez: y hasta el padre Feijóo se burló tambien del sistema decretorio.

Lo mas acertado es acometer á la enfermedad en cualquier tiempo, si insta la oportunidad del remedio, sin temor de que se altere ó no la crisis.

Ademas de los médicos que se acaban de citar, otros muchos igualmente célebres, se condujeron de este modo, y hasta nuestro dogmático Valles dió tambien un ejemplo de esto.

En el dia los mas sábios profesores, ya tambien se desentienden de tan ridículo dogma.

Ha vuelto á renovarse la lucha entre el solidísmo y el humorísmo, pues este por fin, aunque vencido por aquel desde hace ya algun tiempo, vuelve ahora por sus justos derechos, y espera ganar el pleito definitivamente.

El solidísmo tiene por principio de todos los afectos y su esencia, la fibra; y el humorismo, los fluidos; pero está en favor de éste, el que la simple homogeneidad de la fibra, la estrae de sugeto hábil para ser materia ni teatro de la indefinida série de enfermedades que infestan el cuerpo animal.

La simplicidad sea orgánica, sea cualitativa, es la menos apta á corromper, á desfigurarse, á perder su tono; y consiguientemente, á mas composicion, á mas heterogeneidad, mas aptitud.

Es asi que, la sangre y los demas humores son mas compuestos etc., luego mas aptos.

Es cierto que en las mas de las enfermedades padecen las partes sólidas; pero es mas conforme á la razon el creer que, esceptuando algunas quirúrgicas al principio, todas padecen por el vicio de los líquidos, en donde efectivamente está la causa de la enfermedad etc.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

Probado esto, es preciso que ademas se tenga siempre en cuenta que, las afecciones intimadas á los líquidos, son de mayor energía y poderosa eficacia para la enfermedad que las intimadas á los sólidos.

Es cosa muy digna de notarse que, todos los autores y sectarios de sistema médico, claman contra la adhesion sistemática especulativa y práctica de la medicina, porque cuantos sistemas médicos se han seguido, son otras tantas fábulas producidas por entendimientos amantes de sus producciones; todos riñen agriamente contra las hipótesis médicas, porque son otros tantos escollos del mar de la medicina; pero sin embargo de todo esto, todos ellos proclaman, apadrinan y defienden respectivamente sus sistemas: todos ellos vituperan por infeliz todo raciocinio que no se acomode á su opinion, y cada cual, ofuscado con lo bien adaptado de la pauta que lleva dispuesta, no ve que incurre en lo que abomina, y que su producto claudica poco mas ó menos del mismo modo que el de los demas sistemas.

De esta necia adhesion de cada uno á sus finjidas hipótesis, dimana la suma incertidumbre en que hoy se halla la medicina; pues, como ya se ha dicho en otro sitio, llega á tanto el ardor de esta servidumbre que, hasta las mismas observaciones y fenómenos de la naturaleza, hace que cada uno los prohije á su opinion, aunque tal vez discorden sumamente.

Cada uno lo descifra todo, lo calcula y lo dispone como si todo el cuerpo del hombre fuese trasparente, y como si tuviesen un trozo de su entendimiento entre cada una de las partículas de los humores.

Y lo peor es que, el error consiguiente á la decision teórica de cada bando, propaga funestísimas consecuencias para la práctica, y ésta, cuanto mas ceñida sea á un sistema, tanto mas fatal será el efecto, por la indisputable razon de que ningun sistema es cierto.

Mas no por eso creo que deba capitularse por culpable totalmente el que se discurra sobre los adelantamientos anatómicos y prácticos, que se inventen sistemas que con bastante verosimilitud consuenen con los procederes de la economía animal, antes bien es laudable y provechoso; pero es fatalísimo el ceñir á ninguno precisamente

(c) 2007 Ministerio de Cultura

la medicina práctica. Acábese ya, pues, el necio esclusivísmo sistemático, cese la bárbara intolerancia entre los diversos bandos médicos, y la encarnizada guerra que se hacen, que ademas de escandalizar al mundo, tan fatal es para la humanidad doliente. Pero, ¿qué podré yo clamar contra esto, despues de lo que con tan enérjico acento acaba de decir el ya citado profesor D. Manuel Santos Guerra? (véase el periódico, el Siglo médico, número 29), siendo por supuesto aplicable igualmente lo que dice, á todos los demas sistemas y banderías que colectivamente comprende la alopatía, por hallarse en el mismo caso.

Resuenen, pues, sin cesar por todo el mundo las sublimes palabras de tan digno profesor que, amante de la verdad y del acierto esclama diciendo: La palabra médico no admite adjetivo alguno: las detestables espresiones de homeopático y alopático deben borrarse ambas, y muy pronto, del diccionario de la lengua: en medicina no hay filas, no hay banderas aceptables; digo mal, no debe haberlas, deben rasgarse las que existen, deben hacerse trizas, quemarlas y arrojarlas á la profundidad de los sepulcros para que no retoñen jamas. Consentir semejante enseña en medicina es sostener el error con perjuicio notable, con daño evidentísimo del enfermo, con ofensa imperdonable de todo el género humano; caigan, pues, en el abismo semejantes divisiones y banderias; húndanse en los profundos senos de la tierra, y cúbranse con enorme losa inamovible, para olvidar eternamente cuantos sistemas, filas y banderías se alzáran en funesta hora en el campo médico, para mengua de los profesores y para azote de la humanidad. ¿No basta la plenitud de los cementerios para el arrepentimiento? ¿no sobra tanto luto para escarmiento eterno? Todo el que pronunciára en lo sucesivo los adjetivos homeopático y alopático, para significar que pertenecia esclusivamente á las doctrinas basadas en uno de los dos polos: Similia, similibus, aut contraria, contrariis, etc., si yo gobernára la nacion le arrancaba el título de las manos y no le consentiria que ejerciera la divina ciencia de Hipócrates.»

¡Loór eterno á D. Manuel Santos Guerra! ¡láuro y prez á tan sa-

(c) 2007 Ministerio de Cultura

bio, prudente y despreocupado profesor, á tan digno hijo de Esculapio. Ensalcemos, pues, su nombre, y consagrémosle un himno para eternizarle.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

ADICION.

Queda dicho que es necesaria al hombre la medicina y nunca como ahora ha habido tanta precision de hacer ver la necesidad y recomendacion de ella; nunca como ahora que, en medio del santuario de las leyes de una nacion que se tiene por ilustrada, acaba de ser combatida la ciencia médica y los que la profesan; ahora que se acaba de poner en duda la necesidad de la medicina, por uno de los que se llaman padres de la pátria, sin que, de entre los otros muchos que lo escuchaban, los doce ó quince que ademas son médicos, los doce ó quince que, al par que padres de la pátria, son ministros de la naturaleza, sacerdotes de Esculapio; le hayan replicado, ni sabido que responder.

¡Ah, quién creeria que tales cosas se habian de ver y aguantar en el siglo diez y nueve, en este siglo que llaman ilustrado!

Ese sapientísimo, celebérrimo y memoratísimo padre de la pátria debia saber que hay dos clases de medicina, y asi no envolveria ni confundiria en sus sátiras é invectivas la intrusa, tiránica y falsa, con la recta y verdadera, por la que, cualquiera de los que la ejercen, es acaso mas necesario y provechoso á sus semejantes, es acaso mas útil á la sociedad, que él legislando y representando al pueblo, con todo lo demas que puede y es capaz de hacer.

«*Con médicos y sin médicos*, dijo, *se mueren siempre los hombres.*»

¡Oh, Dios eterno!; con semejante verdad de Pero Grullo, con la concepcion y parto de semejante idea de un cerebro, de una mollera humana; con el parto de un concepto de tal naturaleza..... fué milagro que en aquel momento no hubiera ocurrido en el microcósmetor de la naturaleza humana, en la causa eficiente, en el principio ó leyes de la vida un..... un cataclismo!.....

(c) 2007 Ministerio de Cultura

En vano los detractores de la medicina pretenden hallar apoyo en la historia para probar ser vana la necesidad aprendida de dicha facultad. Neciamente se valen de la frusleria de Plinio en el destierro tan decantado de los médicos de Roma en cierta época; de lo cual deducen que, así como los romanos no tuvieron por necesaria entonces la medicina, ni lo fué para ellos; tampoco deberá serlo en ningun tiempo; pero á esto (despues de tener en cuenta que, los médicos desterrados de Roma, sobre ser estranjeros, mas bien eran unos medicastros que no eran verdaderos médicos), se responde ser falso, pues, aunque no hubiese en dicho tiempo médicos de oficio, habia remedios simples, administrados por la noticia y combinacion de unos á otros, por la incesante ó contínua comunicacion, y aquello ya era medicina. Nunca faltó en Roma quien prestára los auxilios á los enfermos en sus dolencias. Y ademas que, aun el mismo Plinio dice tambien que sin embargo de haber desterrado á los médicos los romanos, no por eso condenaron la ciencia.

Pero aunque así no fuera, en compensacion de la ofensa, del agravio y ultraje que á la medicina pretenden hacer sus detractores, y el daño que pretenden causarla con sus ridículos argumentos, con sus necias objecciones; se ve por la historia tambien que, ademas de haber sido ya muy ensalzada la medicina desde el origen del mundo, la antigua Grecia la tuvo por primogénita de la divinidad, y sus profesores eran adorados en los altares y recibian los inciensos de los pueblos. Entre los griegos, dice Platon que eran sacerdotes los médicos, á quienes llamaban curadores de cuerpo y alma. Y ciertamente, porque la medicina, adelantando su poder desde el recinto de lo corpóreo, parece que, á lo menos mediatamente, llega con sus auxilios al imperio del alma.

¡Pobres detractores de la medicina que, sin mas motivo que el bien que de ella pueden recibir, la calumnian con enormes invectivas! dignos son de compasion, pues se olvidan de que contienen en su estructura ú organizacion el principio de la necesidad misma que niegan y desprecian.

De ningun modo puede ser esencialmente la medicina, medicina

(c) 2007 Ministerio de Cultura

absoluta de todas las dolencias y conservatriz de la salud y de la vida. No es el morir término propensivo de la enfermedad, sino de la vida; y mas cierto es que morirá el que vive, que el que enferma. No obstante, le basta á la medicina enseñar en lo posible el modo de desterrar las dolencias, hasta que llegue el término; y le basta al médico saber disponer lo posible para aquel logro, para conseguir aquello.

Pero no es creible que los mismos detractores de la medicina (hablo de los que hablan mal de ella *ut sic*), sientan de corazon lo mismo que articúla la lengua; sino que hay una casta de gentes que son como los medicamentos purgantes, que solo por purgar, purgan tambien lo bueno; pues sería una especie de blasfemia vituperar una cosa tan necesaria como es la medicina, y tan noble, porque, repito, adelantando su poder desde el recinto de lo corpóreo, parece que, á lo menos mediatamente, llega con sus auxilios al imperio del alma.

Quede, pues, cada cosa en su lugar debido, combátase enhorabuena á la falsa medicina hasta acabar con ella, hasta aniquilarla; pero ensálcese á la verdadera, á la noble y recta medicina, reconózcase la necesidad y recomendacion de ella, y cuán útiles son por lo tanto á la sociedad los que la ejercen.

Manuel Otero Vazquez.

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(c) 2007 Ministerio de Cultura

(c) 2007 Mi

(c) 2007 Ministerio de Cultura